

## POESIAS

DE

## Don Juan Bautista Alonso. (1)

Cierto que se necesita mucha energía de alma, mucha conciencia literaria, mucho amor al arte, para publicar en estos tiempos calamitosos, un libro de poesía. — En una época en que es tan fácil á cualquiera exaltada imaginación adquirir la brillante celebridad de los periódicos, los cafés y las tribunas, es menester, lo repetimos, que tenga el poeta mucha conciencia literaria, mucha fé en los progresos del arte para resistir á tantas tentaciones reunidas, para desdeñar una inmortalidad pasajera, y consumir la flor de sus años en el estudio y la meditación, sin laureles, sin estímulos, sin mas aplausos que los de algunos amigos, fieles en estos tiempos de tribulación, al culto de la poesía. — Convencido de que él también tiene que desempeñar en la tierra una misión generosa y santa, oye el poeta en el silencio de su gabinete, rugir desencadenadas las tempestades políticas; su corazón se entusiasma á los nombres de patria y libertad: la embriaguez del triunfo le sonríe con todos sus halagos: piensa en las palmas que esperan al vencedor, y entonces, lleno de alegría, trocará la lira por la espada, la soledad por el tumulto de los campamentos y la vida del hombre pacífico por una muerte gloriosa. Pero cuando agitado por estas sensaciones vuelve la vista al templo que erige á las artes en nuestra patria el genio de los contemporáneos, y vé desiertos sus altares ó acaso cubiertos de impuras ofrendas, entonces su conciencia de artista ahoga aquellos generosos impulsos de patriota. — Entonces el poeta, sostenido por el convencimiento íntimo de que no serán inútiles sus tareas, abandona á otros hombres el cuidado de enfrenar el delirio popular y prosigue con nuevo fervor su obra de estudio y de constancia, sin curarse de las glorias ajenas mas que para cantarlas, de los infortunios públicos mas que para

llorarlos. — Pero este esfuerzo es doloroso como todos los grandes sacrificios.

Entre las muchas sendas que puede recorrer el genio literario, no hay ninguna que ofrezca en el día tan poca perspectiva de gloria como la de la poesía lírica. No se trata para el autor de una buena oda ó de un soneto, como para el autor de un drama, de beber una copa de miel ó de absintio en el teatro; no le halaga la esperanza de que lean sus páginas millares de personas como al autor de una novela, ni la de obtener riquezas y dignidades como al escritor político. — Su misión es grande pero severa: sabe que pocos son capaces de comprenderle; que sus acentos de indignación ó de ternura hallarán simpatía en muy pocas almas y que dirigiéndose á la mayoría de la nación solo hallará desden ó indiferencia. — ¡La indiferencia! Este enemigo mortal de las artes nobles, esta carcoma del pensamiento, que desalienta al artista haciéndole dudar hasta del prestigio de la poesía.

Al ver publicado actualmente un tomo de composiciones líricas, difícil es, en verdad no pensar en estas amargas reflexiones. — No sé si llame compasión ó simpatía á lo que inspira el alma llena de candor que se resuelve á hablar en el dulce lenguaje de las musas á una sociedad desengañada de todo y que no vé mas que el lado ridículo de las cosas; á una sociedad que dice al poeta: “no creo que sientas lo que espresas en tus versos, porque yo soy incapaz de sentirlo; en vano te cansas en hablarme porque no quiero oírte, porque las que á ti te parecen verdades me parecen á mí delirios!...” Hé aquí el lenguaje de la sociedad moderna, sociedad estragada, material, prosaica como una casada que tiene dos cortejos.

Es opinión mía, sin embargo, que hay algunas escepciones á esta regla general; y las personas bastante felices para no participar de la propensión fatal de la época, verán sin duda con placer las poesías del Sr. Alonso. No me cegará la íntima amistad que me une á este escritor, hasta el punto de defender en sus versos lo que realmente no me parezca digno de elogio; pero tampoco tacharé como defectuosas algunas de sus composiciones, porque no estén escritas en el sentido

(1) Un tomo en octavo prolongado. Se vende á 20 reales en la librería de Cuesta.



de las modernas doctrinas literarias que con toda la sinceridad de la verdadera convicción he defendido siempre en el *Artista*.—Y no se atribuya esto á veleidad de principios, sino al deseo de que se haga siempre justicia al mérito, cualquiera que sea el bando literario en que se encuentre.

Adoptado el principio que se propone el Sr. Alonso en sus anacreónticas y letrillas, de imitar el estilo de Melendez, preciso es confesar que no ha podido ejecutarlo con mas acierto. En sus composiciones de este género se halla toda la dulzura, toda la fluidez, toda la gracia del llamado restaurador de nuestra poesía; pero al mismo tiempo, se halla tambien en ellas toda la monotonía, y toda la insipidez que es peculiar á este género tan manoseado y esprimido ya por cuantos han cultivado la musas de tres siglos á esta parte. Sentiré que le parezca algo amarga esta crítica al Señor Alonso: pero cuando veo al autor de las magníficas odas que componen la primera parte de su coleccion, entretenerse en pintar prolijamente *arroyitos murmuradores*, y *traviesos Cupidillos*, me parece ver al arquitecto Juan de Herrera construyendo casitas de papel pintado.

En las composiciones del Sr. Alonso se observa lo que en las de todos los que son verdaderamente poetas; cuando solo sigue la inspiracion de su genio independiente y lozano, entonces no deja nada que desear; originalidad, osadía de expresion, profundidad de pensamientos, todo esto se halla en sus composiciones: cuando imita á otros poetas, su estilo es ó flojo ó hinchado, sus pensamientos carecen de novedad, y con harta frecuencia se queda inferior á su modelo. Pues que el Sr. Alonso es capaz de crear, ¿para qué imita? Deje esta ocupacion, á los que no pudiendo producir nada de suyo, tienen que elegir entre, estar callados ó lucir galas ajenas. No diga con razon que su *dulce plectro de oro*,

«Hirió el laud del inmortal Batilo,»

ni el de ningun otro poeta por mas inmortal que sea: hiera solo el suyo propio y todos se lo agradecerán.

Si se esceptua alguna que otra composicion del genero llamado erótico, como la *Vida Feliz*, que es en mi concepto una de las mas bellas que posee nuestra lengua, todo el genio poetico del Sr. Alonso se encierra en sus *Odas*. Seria menester citarlas casi todas, para citar todas sus bellezas; pero pues no da lugar para ello un artículo de periódico, me contentaré con indicar la que tiene por título, *La instruccion es la mejor y la mas durable de las riquezas* como un dechado de poesía filosófica. En ella se halla esta admirable estrofa.

«En la tumba de Sócrates divino

»Oigamosle su acento,

»Y entre el clamor de la lisonja humana

»Cual pretendemos parecer seamos:

»Que en la abrasada arena del desierto

»No reverdecen los ajenos ramos,

»Ni exhala aromas el clavel ingerto.»

Actualmente para encomiar estos versos, se diria que parecen de Rioja ó de Fr. Luis de Leon; acaso dentro de un siglo, quien oiga otros semejantes, dirá qué parecen de Alonso!

¿Y cómo sin injusticia, pasar en silencio su romance á la Pátria? Todo él está lleno de bellezas de primer orden; todo él respira el mas puro patriotismo. En él se hallan estos cuatro bellísimos versos, que encierran un pensamiento sublime:

«La libertad generosa

»Consuelo de nobles almas

»Que cuando vence perdona,

»Que ni oprimida es esclava.»

Estos cuatro versos equivalen á un poema entero en elogio de la libertad.

Antes de poner mi firma en este artículo, permitaseme hacer en obsequio del Sr. Alonso y de todos los jóvenes poetas del dia la siguiente reflexion. Si en sus composiciones no se encuentran derramados tantos sentimientos patrióticos, tantas verdades filosóficas como seria de desear, ¿es culpa de los poetas ó de la época en que han escrito? Téngase presente que solo de muy poco tiempo á esta parte gozan los españoles las libertades de la palabra y del pensamiento: que en una época aun no muy remota, hubiera sido para su autor una



oda en elogio de la libertad, un título de proscripción ó una sentencia de muerte.

Conozco que esta reflexion desvanece todos los cargos que he hecho á las poesías del Sr. Alonso; pero estoy seguro de que ni aun para él mismo será tan lisonjera esta circunstancia como para el autor de este artículo.

EUGENIO DE OCHOA.



## Bellas Artes.

Empresa muy árdua es bosquejar el estado y vicisitudes de la pintura en todo el período que hemos recorrido en cuanto á la arquitectura y estatuaria. Lo que hemos dicho sobre las causas del retraso de esta última, puede aplicarse generalmente á la pintura, habiendo seguido la misma marcha en casi todas sus circunstancias, pues que deriva ó proviene de las inalterables leyes históricas que tan íntimamente se ligan á la naturaleza del hombre en sociedad. Si hemos visto la escultura por espacio de cerca de 7 siglos sumergida en un estado de increíble barbarie ¿cuál sería el de la pintura que, sin disputa alguna, presenta dificultades en mayor número, pues que además del conocimiento de la anatomía y otras reglas de proporcion indispensables á aquella, necesita las del colorido, claro-oscuro, las perspectivas aérea y lineal, y otros muchos conocimientos muy largos de enumerar y de ninguna necesidad para producir una bella estatua? Además, los

pintores carecían enteramente de modelos que imitar, cuando los escultores tenían á la vista no pocos fragmentos del buen tiempo de la dominación romana, cuya extraordinaria belleza, aunque no fueran capaces de sentirla, ni de inflamarse con ella la imaginación como el célebre Nicolás Pisano, los indicaba, sin embargo, una senda, aunque oscura, que poder seguir con piso incierto y tímido.

La falta, pues, de aquellos conocimientos indispensables ocasiona generalmente nuestro desprecio á representaciones que apenas indican la figura humana, destituidas de toda espresion, pues hasta el siglo XIV, ésta debia suplirse con letreiros que exhalaban los personajes de sus bocas: los cuadros, sin degradacion, quedaban privados de ambiente ó aire interpuesto, en tal grado, que los pies de las figuras posaban muchas veces sobre diferentes términos, si es que no suprimian, como en el VIII y IX siglo, toda traza del plano sobre que debieran estar. Su colorido, generalmente sin armonía, presentaba siempre el mismo brillo en las luces y en las sombras, las que ni aun se alteraban por el reflejo que debian darles los colores mas inmediatos. Las representaciones sagradas antes del siglo XIV, pintadas sobre las paredes de las capillas, se repartian á manera de cuadrículas divididas con ligeras rayas: pintaban de un solo color el fondo de las figuras, no con una media tinta, para hacer sobresalir y brillar las figuras principales, sino con azules alternados con los rojos y amarillos mas desentonados y chillones. Es verdad que con el tiempo este mecanismo del arte se perfeccionó sobre manera; y en efecto, imponía mucho á los fieles esta profusion de colores y brillo de dorados, y otras prácticas materiales semejantes, no obstante la ausencia del genio y del talento.

Los pergaminos de los Salterios y Misales, ejecutados en el silencio de los claustros, todavia nos entretienen y admiran por el extraordinario mecanismo y brillo de sus dorados, y por la vivacidad de sus azules contrastados con los mas brillantes cinábrios. Esos son los cuadros que podemos consultar y llamar precursores de nuestro arte en los siglos XII y XIII. Tal vez son los únicos que nos pueden instruir del estilo que distingue la pintura.

\*



ra de los siglos que precedieron á la resurreccion de nuestra arte pictorica en tiempo de Antonio del Rimón pues de las producciones de pintura, particularmente de las de los tiempos anteriores á San Fernando, apenas nos ha quedado el menor vestigio, y por lo que respeta á la de las épocas posteriores, es tan poco lo que ha perdonado el tiempo destructor y la ignorancia de los hombres, que apenas puede darse un paso en ese camino sin quedar inmediatamente sepultado en la mas profunda oscuridad.

Un monumento que nos presta un ligero rayo de luz, es el manuscrito Vigilano que se conserva en la Real Biblioteca en Madrid, ejecutado ya en el año 976 por *Vigila*, pintor de iluminacion y Sacerdote del Monasterio de San Martin del Albelda. En él se ven los retratos de D. Sancho el Craso, de D. Ramiro de Navarra y de Doña Urraca; tambien el suyo propio; parece que un tal Sarra-cino y otro llamado García ayudaron en sus obras. Inútil creemos describir la egecucion del estilo de esta obra, despues de haber bosquejado el estado y causas del atraso en que se hallaba el arte en aquella época tan remota.

Pedro de Pamplona es el nombre del segundo pintor en miniatura conocido ya desde mediados del siglo XIII: se sabe que escribió y pintó para D. Alonso el Sábio la Biblia en dos tomos y en vitela, que existe en la biblioteca de la catedral de Sevilla, á quien la dejó aquel soberano segun consta de su testamento, que se conserva en aquel archivo. Las pequeñas figuras de las letras iniciales y demas adornos, si bien aun conservan el colorido muy fresco y brillante, manifiestan cuan atrasado estaba aun el arte. Rodrigo Esteban fue pintor de D. Sancho V, segun varias cuentas de Alonso Perez, Escribano del rey Garci-Perez.

Muchas pinturas, que el tiempo ha respetado en las paredes de algunos templos solitarios de la Corona de Aragon (1) de á fines del siglo XIII,

(1) Entre otras que pudieramos citar, en la magnífica hermita de S. Miguel de Foces (provincia de Huesca) se conservan perfectamente muchos trozos de pintura en su crucero, que decoran cuatro sepulcros de la familia del fundador y ejecutada en el año 1302. La reparticion de los cua-

nos instruyen de la permanencia de algunos artistas Bizantinos en estas regiones, como tambien se establecieron en las costas de la Toscana; donde con poco fundamento se ha creído fuesen los primeros que dieron el impulso á la resurreccion del arte en aquella tierra clásica. Tanto en este pais como en el nuestro, son muy conocidas las efigies de la Madre de Dios (MP. OY) y de otros santos vestidos casi exactamente con las mismas dalmáticas, mantos y coronas con que vemos á las Irenes, Eudoxias y Pulquerrias, en las que han representado todo aquel lujo de perlas y pedrería precursor de la ruina total del imperio en Occidente. Este estilo de aparente riqueza, cundió tambien mucho entre nosotros, y tanto, que no se abandonó hasta muy á fines del siglo XV. Todos los fondos de los cuadros sobre que destacaban las figuras eran dorados, y hasta los Santos mas pobres tenian las orlas de sus túnicas sembradas de perlas y esmeraldas; la ausencia de la belleza é imperfeccion de las figuras se queria recompensar con la idea de la riqueza y del fausto, que tanto impone al ignorante vulgo.

En medio de todo esto y de otros defectos consecuentes á aquellos principios, particularmente la sequedad en las figuras y falta de espresion, se observan muchas veces cabezas de bello carácter y tal grandiosidad que recuerdan el de las pinturas de muchos vasos griegos descubiertos en Sicilia, y que, como tradiciones de sus gloriosos antepasados, estos artífices griegos han conservado y trasmitido maquinalmente, sin tener en ello parte la menor instruccion ni meditacion artística. Esto hizo, como era natural, no se propagase mucho en España un estilo que conservaba algun ligero indicio de belleza y germen muy suficiente, en otros tiempos menos calamitosos, para resucitar el arte de tan profundo letargo.

Otra escuela, digámoslo así, bastante diversa, tenia sus sectarios en las demas provincias de la

droso sobre la pared, asuntos de la vida de la Virgen, es como la de los mosaicos en las basílicas de Roma, y del mismo estilo las figuras. Los accesorios y trono donde la Virgen está sentada, son iguales á las de Alexis y Andrónicos Comnenos, y en todo se conoce la mano de los pintores bizantinos.



península, y es de la que mas vestigios nos ha quedado y la que echó raíces mas profundas, pues que no pudo desterrarse enteramente hasta que el genio extraordinario de Berruguete, el Miguel Angel de nuestra España, propagó su grandiosa y sabia escuela. Quiero hablar de aquellas producciones, tanto de pintura como de escultura, excesivamente altas de proporcion, secas y de una inmovilidad en sus miembros, de una frialdad y aun nulidad en la espresion que desagrada, sus ropages mezquinos, aunque recargados de una infinidad de pliegues angulares inútiles, que cubrían la figura mas bien que la vestían; y en fin, de otros accesorios de una proligidad y menudencias embarazosas é inútiles, que siempre han reprobado la razon y el buen gusto. La estatura ó tipo septentrional de estas figuras, lo inanimado de sus semblantes y el frio mecanismo de ellas, serian datos suficientes para atribuirse la propagacion de tal estilo á los alemanes y á otros vecinos suyos que ayudaron á nuestros artífices á decorar las muchas catedrales y otras insignes fábricas, que tuvieron su complemento á mediados del siglo XIV con aquella extraordinaria profusion de estatuas, pinturas y adornos de cresteria tan en voga en aquellos tiempos.

No obstante lo dicho ni pretendemos atribuir esclusivamente á artistas alemanes estas figuras góticas que hemos descrito, pues que proviniendo el estilo de una obra del caracter moral y político de la nacion, así como tambien de las costumbres y formas de gobierno, todas las producciones del ingenio humano toman el mismo colorido y fisonomía. (1) Esta misma escuela (como mas adelante veremos) mejoró notablemente su manera, y sin salir de aquella primitiva sencillez, adquirió cualidades tan apreciables como las que brillan en las obras del Giotto, Masaccio y otros que prepararon al gran Rafael el camino para producir sus creaciones inmortales.

Creemos no deber terminar este período de la

(1) Compárense las aptitudes llenas de unción y compostura de los artistas anteriores y contemporáneos á Antonio del Rincon, con las de Herrera el jóven, Palomino, Sebastian Muñoz Jordan, y casi todos los escultores del siglo XVIII.

pintura, en que casi se ignoran los nombres de tantos profesores, sin citar, aunque brevemente, los que el benemérito Cean Bermudez nos ha transmitido, aunque de mérito inferior.

García Martinez se sabe que pintaba en Avignon por los años 1343 é iluminaba Codices. Así están los decretales en la real biblioteca de la catedral de Sevilla.

Juan Cesilles, pintor de Barcelona en 1832, se obligaba á pintar un retablo para el altar mayor de la parroquia de S. Pedro de la villa de Reus con la historia de los doce apóstoles y otros adornos. Ya no existe esta obra, pues se sabe que Peris de Austriach colocó otro retablo en su lugar á mediados del siglo XVI. Finalmente tambien Ferran Gonzalez, de quien hicimos mencion entre los escultores, fué pintor habiendose firmado como tal en el sepulcro que entalló á Don Pedro Tenorio en la capilla de S. Blas de Toledo.=V. C.



## *A Un Niño.*

### I.

Duerme, oh niño inocente!, reclinado  
De tu madre en el seno, mientras alado  
Angel en torno de tu frente gira:  
Y tu profundo sueño, ¡oh mi querido!  
Halaga el melancólico sonido  
De mi enlutada lira.

¡Oh castísima flor! ¡Oh esencia pura  
De candor, de inocencia y de hermosura!  
Santa paloma! De tu edad temprana  
Hermoso objeto al maternal cariño,  
Conserve el cielo, delicado niño,  
La cándida mañana!

\*\*\*



Vive siempre feliz en tu pureza  
Sin que agiten cuidados tu cabeza,  
Ni desgarran tu pecho las pasiones,  
Ni sufras de la suerte el impio amago,  
Ni sigas nunca el fermentido halago  
De humanas ambiciones.

Que de la vida en el amargo rio,  
Mientras naufraga espléndido navío  
Que al huracán y al rayo desafía,  
Sigue humilde batel con paso lento  
Su curso acelerado, al blando aliento  
Que el céfiro le envia.

## II.

El puro color del cielo  
Reflejas, oh niño, tu,  
De tus hermosos ojos  
En el sereno azul.

La sonrisa del aurora  
Mas alegre brilla en tí,  
Cuando la risa baña  
Tu labio de carmin.

Y esa aureola que circunda  
Tu cabeza angelical,  
Es la que ornó la frente  
Del santo de Judá.

Vive, vive, niño amado!  
Brille siempre la virtud  
De tus hermosos ojos  
En el sereno azul

## III.

¡Oh! cuando duermes, y tu sueño velan  
Los invisibles ángeles que vuelan

En derrédor de tí,

¿No sientes, dime, perfumada boca  
Que blandamente con sus lábios toca

Tus lábios de rubí?

¿No ves praderas y serenos rios,  
Y alcázares de estrellas, y sombríos

Bosques y flores mil?

¿No ves, ó niño, vírgenes hermosas,  
Y entre vergeles de nacientes rosas  
Palacios de marfil?

¿No sientes, dime, que á tu oído envia  
Torrentes de suavisima harmonía  
Celeste serafin?

Y que tu sueño entre sus brazos mece,  
Y alegre, dí, para jugar te ofrece,  
Magnífico jardín?

## IV.

Pues esos bosques sombríos,  
Esos campos, y esos rios  
Son de un mundo superior,  
Que tan solo ver consiguen  
Los que en vida el brillo siguen  
De la estrella del candor.

Los que el mundo abandonaron  
Cuando apenas le miraron  
Tiernos niños, van allí:  
Los que fueron virtuosos  
Allí moran venturosos  
Entre lechos de alhelí.

¡Oh mi amado! De esa estrella  
Sigue siempre la luz bella  
Como un astro tutelar:  
Que si pierdes su presencia  
Será amarga tu existencia  
Como el agua de la mar.

Tú no sabes, inocente,  
Lo que allá en su pecho siente  
Quien del cielo se olvidó:  
Quien de Dios ha blasfemado  
Y viviendo en el pecado  
La inocencia abandonó.

Tú no sabes los pesares  
Que se erizan á millares  
En su pecho criminal:  
Los tormentos que padecen  
Y que solo desaparecen  
En la calma sepulcral.

No es su sueño tan sereno  
Como el tuyo, sino lleno  
De sangre, espectros y horror:  
No ven campos abundosos,  
Ni semblantes cariñosos  
Que los miren con amor.

Ese labio que tu boca  
Dulcemente, ó niño, toca  
Es un labio celestial:  
Es el labio de María,  
Que te guarde noche y día  
Con su manto virginal.



V.  
 ¡Pobre niño! Si un instante  
 De tu lado se apartara  
 Y te olvidara,  
 De tu angélico semblante  
 ¡Oh cuan pronto volaría  
 La alegría!  
 Como lirio deshojado  
 Que los cierzos esparraman  
 Cuando braman,  
 Tal tu cuerpo delicado,  
 Si te olvida, se vería  
 Vida mía!  
 Si te olvida, ¡oh mi querido!  
 Tu semblante cariñoso  
 Tan gracioso,  
 Fuera en polvo reducido,  
 Y tu cabellera riza  
 En ceniza.  
 ¡Pobre niño! Con su velo  
 Guarde un ángel tu existencia  
 Y tu inocencia;  
 Tu sonrisa y tu desvelo  
 Y tu pureza infantil  
 Años mil!

E. O.



### *Recuerdos de Amberes.*

#### FRAGMENTO VII Y ÚLTIMO.

### *Amberes.*

Si hubiera de seguir el ejemplo de todos los que escriben viajes, haria ahora una completa enumeracion de los monumentos curiosos que contiene esta importante ciudad; hablaria dete-

nidamente de su magnífica catedral, de la iglesia de San Pedro (antes los dominicos) con el curiosísimo calvario que se halla á su espalda, y del museo que contiene algunas magníficas producciones de los pintores flamencos: ni dejaria de encomiar la seguridad de su puerto y la espaciosidad de los dos estanques interiores, obra realmente gigantesca y en la cual derramaron sendas gotas de sudor los prisioneros españoles, á quienes Napoleon diera un dia por cárcel la ciudad de Amberes. Pero como nunca ha sido mi ánimo escribir un viaje, sino estampar sencillamente y con toda la verdad posible las impresiones mas profundas que en mi ánimo produjeron ciertos objetos; y por otra parte, evitándome los diccionarios geográficos la molestia de aquellas descripciones, continuaré, ó por mejor decir, concluiré mi relacion del mismo modo que la he empezado, es decir, sin sujetarla á orden ni método ninguno.

Cuando llegué á Amberes presentaba un aspecto realmente sombrío, como una ciudad que acaba de ser asolada por una epidemia: desiertas las calles, cerrados los almacenes, inhabitadas todas las casas de mediana apariencia y grabada la melancolía mas profunda en todos los semblantes.

Al mismo tiempo, no era posible dar un paso sin hallarse detenido por algún obstáculo, ó tropezar en pertrechos de guerra; y de noche á cada esquina habia que contestar á un brutal: *¿quién vive?* acompañado del áspero y desagradable ruido de un fusil que pasa bruscamente de una postura descansada á otra hostil: porque temiendo los belgas, no sin motivo, que sus enemigos renovasen las hostilidades del año anterior contra la ciudad, habian construido parapetos en todas las calles vecinas á la ciudadela ó que bajaban al rio, y colocado en los puntos mas favorables un respetable número de baterias de grueso calibre, con cerca de cuarenta morteros, en disposicion de romper el fuego á la primera señal contra la enemiga fortaleza. Ademas de estas medidas para rechazar la fuerza con la fuerza, se habian tomado otras para disminuir cuanto fuese posible los estragos de la llama en caso de bombardeo, distribuyendo al intento un número considerable de bombas con los correspondientes operarios en los distintos cuar-



teles de la ciudad, y estableciendo depósitos de agua en todas las casas.

Mientras duró la incertidumbre de la conducta que seguiría Chassé, presentaba el interior de la ciudad un aspecto mil veces más lúgubre que el mismo campo de batalla; pero cuando ya no pudo quedar duda de que sería respetada por los holandeses, empezó á animarse rápidamente con la llegada de un sin número de extranjeros de todas naciones, que venían con ansia de ver de cerca un espectáculo tan grandioso y que en aquel momento era, sin duda alguna, el objeto de todas las conversaciones de Europa. Pero no se figuraban ni remotamente estos curiosos los disgustos y contrariedades á que estaban destinados. Los de más ánimo y al mismo tiempo poseídos de una dosis mayor de curiosidad, se dirigían inmediatamente á las trincheras; pero la bayoneta incivilizada de un centinela les hacía torcer su camino, vedándoles la entrada de tan anhelado recinto: y si por medio de rodeos lograban salvar este obstáculo, á poco rato solía acercarse á ellos algún oficial ó gendarme, que con la mayor amabilidad les brindaba con su compañía hasta la puerta de un calabozo, en que debían expiar su curiosidad y sufrir, no obstante sus inocentes intenciones, la tacha de espías. Los campanarios de la catedral y de S. Lorenzo, que dominaban perfectamente el campo de batalla, les estaban igualmente cerrados. No quedaba, pues, otro recurso á los pobres curiosos que el de encaramarse en el tejado del teatro de *Variedades*, desde el cual se divisaba algo, es cierto, pero en donde se hallaban hacinados en medio de un tropel de hermanos en curiosidad, que acaloradamente se disputaban el tragaluz de un desván ó la lumbrera de una guardilla. ¡Cuántas veces he visto en una casa, cuyo estado desastroso era indicio de su proximidad á la ciudadela, andar verdaderamente á cozes, para lograr algunas pulgadas de una viga, que en tiempos más felices formaba parte de un tejado, pero que, renegrida y aislada en medio del espacio, indicaba ya únicamente el lugar donde estuvo aquel, y de la cual pendían á la sazón racimos de curiosos, bajo quienes se hallaba entreabierto un abismo de ciento ó doscientos pies, que tenía por fondo las

negras y sudosas piedras de un patio ó la escalera de un sotano!... Y todo por divisar á lo lejos un poco de humo y ver reventar en el aire alguna bomba.... En verdad que sería difícil llevar la curiosidad á más alto punto, como no fuese dejándose caer de la viga para probar la sensación que experimenta un hombre que hiende el aire con la rapidez de una saeta.

A medida que el círculo de las baterías francesas se estrechaba en torno de la ciudadela, cada vez á menos distancia, iba en aumento el número de las bombas que, traspasando el objeto de su tiro, caían en la ciudad, y causaban estragos espantosos y tanto más deplorables, cuanto eran inocentes é inofensivas sus víctimas. La cuarta *seccion* fué de todos los barrios de Ambéres el que más padeció. Espectáculo horroroso era, en verdad, el de familias enteras que, arrojadas de sus hogares por los proyectiles que á vista suya habían mutilado á algunos de sus individuos ó reducido á pavesas la cuna en que dormía su recién nacido, vagaban por las calles en un silencio sepulcral, pintada en los semblantes la desesperación y sin saber que techo las abrigaría de la intemperie en la estación más cruda del año, ni de que mano caritativa había de venirles el pan necesario para alargar algunas horas su mísera existencia.

Hasta el 27 de Diciembre, en que se concluyó el desarme de las baterías de sitio, no se permitió al público la entrada de las trincheras: pero quitada la prohibición, se derramó la gente á borbotones en todos los ramales, con la violencia de un torrente que ha hecho reventar sus diques. Nuevo en su género, no era ciertamente este espectáculo menos curioso que los que hasta entonces habían presentado los distintos períodos del sitio. Veíanse en una parte algunos soldados belgas, contemplando con una estúpida admiración los hoyos que habían abierto las bombas al reventar, y los estragos de las balas en el arbolado y en los edificios: un poco más lejos, un oficial de ingenieros con dos gastadores, midiendo ángulos y distancias para rectificar un plano; y detrás de él, y como tratando de adivinar su ocupación, un grupo de aldeanos charlando ó por mejor decir, ladrando en su idioma, peor que griego para nosotros. También,



de cuándo en cuando, se divisaba en medio de aquellos grupos soezos alguna capa encarnada de muger, con grandes dibujos negros estampados, y de forma parisiense, que, unida á un elegantísimo sombrero y plegada con gracia en torno de un talle gentil en sumo grado, recordaba el delicioso jardín de Tullerías, brillando en medio de aquel conjunto de ruinas y de rústicos personajes, como una rosa casualmente arrojada por el viento en un campo de zarzas y de espinos. Y fácil es imaginar que los oficiales franceses, con su galantería característica, no desperdiciarian las ocasiones que se les presentaban de prestar algunos ligeros servicios á aquellas *Madamas*, ya informándolas detalladamente de cuanto habia acontecido en cada uno de los parages que recorrian, ya llevándolas á puntos favorables para descubrir mayor extension de terreno: servicios que la urbanidad no permitia rehusar, y que, si hemos de dar crédito á malas lenguas, no eran siempre enteramente desinteresados.

Tampoco era fácil ver con indiferencia algunas jóvenes y rubicundas hijas de *Antuerpia*, que concluido el peligro, habian salido por fin de sus madrigueras. Pero si cediendo al imán del bello sexo, se aventuraba uno á dirijirles la palabra, era seguro que por toda contestacion recibiria un malhadado y sempiterno *Kan nit veerstand* (no entiendo) de que larga memoria conservarán sin duda alguna los franceses. No obstante, era de ver la facilidad con que algunos soldados mozalvetes se daban á entender de aquellas carrilludas doncellas, recibiendo en contestacion á sus militares requiebros unas miradas en extremo parleras y significativas. ¿Como esplicarán estos rápidos progresos en una lengua tan difícil como el flamenco los que sostienen que para aprender un idioma es forzoso empezar siempre por las reglas de la gramática?

En medio de todo este tumulto hubiera visto el lector algunos remilgados petimétres, venidos de lejanas ciudades, con el talle ajustado y escurrido en guisa de abispas, y con el calzado en un estado prodigioso de pulcritud, á pesar del mucho fango, gracias al esmero con que, brincando como pájaros de piedra en piedra, evitaban los charcos y lodazales. Reducíase la ocupacion de estos se-

ñoritos á meterse, sin que los llamasen, en todas las conversaciones, para pescar noticias, y oír aventuras y pormenores, que al instante apuntaban en su libro de memorias, por insignificantes que fuesen, dibujando al mismo tiempo en su album perfumado las ruinas que á cada instante se ofrecian á su vista. Y no se crea que la curiosidad se habia apoderado únicamente de la gente profana, que tambien recorrian el campo de batalla bastantes jóvenes de sudosas y estiradas mejillas, seminaristas del colegio eclesiástico de Ambéres, cuyos ojos clavados en la tierra respiraban cristiana humildad, cuyo libro de oraciones, fornido y repleto como un respetable diccionario, era indicio de la santa ocupacion que llenaba sus dias y sus noches, y los cuales no podian menos de echar de cuando en cuando algunas ojeadas oblicuas á las hijas de Eva, que pasaban por su lado, alegres y bulliciosas, sin curarse de la meditacion ascética en que se hallaban sumidos; miradas que, no obstante su oblicuidad, arrojaban fuego, como la del águila, cuando la excesiva humedad del terreno hacia recojer algun tanto los vestidos..... Pero veo que el demonio de la observacion me arrastra demasiado lejos.

Al recorrer por última vez las trincheras ¡qué cambiado lo veía todo! Allí, donde pocos dias ántes se representaba un drama sangriento, cuyo desenlace no era fácil determinar, y del cual pendian intereses de incalculable gravedad; en aquel campo, en que, durante el sitio, se hubiera buscado inutilmente la imágen de un ser humano (pues los sitiadores estaban continuamente enterados en las trincheras) iban y venian á la sazón millares de hombres y mugeres, riendo y cantando con la mayor indiferencia. Al estruendo de las armas habian sucedido el confuso rumor de las voces humanas y los lúgubres graznidos de los grajos, que venian en bandas á posarse en aquel campo, como atraídos por algun olor cadavérico. ¡Y qué mucho, si los despojos de la muerte estaban, por decirlo así, brindándoles con sabroso y abundante pasto!!...

Aun me causa horror el simple recuerdo de lo que ví la última tarde. Habíase formado un corrillo muy considerable junto al fuerte de San Lorenzo, y deseando saber que objeto podia lla-



mar tanto la atencion, taladré como pude aquella masa compacta de curiosos, no sin recibir notable lesion de los codos irritados que me cerraban el paso, y llegado por fin á la orilla interior, ví que unos muchachos, con diabólica travesura, habian descubierto á flor de tierra la mano de un cadáver mal enterrado, y escarbando un poco mas, habian sacado ya la cabeza, cuyo pelo rojo se desprendia con una facilidad extraordinaria de la piel del cráneo en un estado completo de putrefaccion, quedandose entre los dedos de aquellos diablillos que se divertían en hacerla mirar á todos lados y saludar á los concurrentes. De cuanto he visto en toda mi vida confieso que nada me ha causado mas horror, me ha inspirado mayor desprecio á la humanidad que esta escena que hacia menos honor todavia á sus espectadores que á los héroes mismos de ella, que al fin tenian por excusa su poca edad.

Concluido el sitio y satisfecha de todo punto mi curiosidad, pasé á recoger mi pasaporte á la *casa de villa*, antiguo edificio con inmensos salones enteramente desmantelados, interminables corredores y escaleras, y mas de la mitad del terreno perdido. Guiado por un gendarme en aquel laberinto llegué por fin á la sala de los pasaportes, en donde tuve que esperar cerca de media hora, cuyo tiempo empleé en examinar los objetos que me rodeaban. Esta sala estuvo sin duda destinada en otros tiempos á grandes ceremonias, segun se infiere del lujo de sus antiguos adornos: en el testero se ve un cuadro de notable dimension, que representa la batalla de Calloo ganada por los españoles. Otros varios cuadros ví en el mismo edificio, destinados á perpetuar las hazañas de nuestros antepasados, restos elocuentes, si bien estériles, de nuestra antigua dominacion. Todos estos recuerdos me hacian vibrar el alma.

Los habitantes de Amberés (no hablo de la clase rica que no pude conocer por hallarse toda ausente) me han parecido en lo general poco civilizados, poco afables con los extranjeros. En cuanto á su buena fé comercial, no me meteré á examinar hasta que punto deba contarse con ella, porque carezco de datos para decidir en tan delicada materia: lo único que puedo afirmar es

que en mi vida he visto robar con tanto descaro como en las posadas de Ambéres, y que en la mia (cierto es que no pasaba de las de segundo orden) reunian á la avaricia mas sórdida, una ignorancia completa de los mas simples elementos del arte *culinario*. Aves, viandas, pescado, legúmbres, en una palabra, cuantos seres ha criado Dios para sustento del hombre, todo lo aderezaban del mismo modo, para todo tenian la misma salsa, á saber, manteca de vacas rancia, prima hermana de queso con gusanos.

En cuanto al mérito de la defensa del general Chassé, me limitaré á decir que, sin despreciarla como algunos, no la creo digna de los encómios que otros le han prodigado. Llenó, sin duda alguna, las condiciones que en semejantes casos prescribe el honor, pero nada mas.

La artillería que los franceses emplearon en este sitio bastaria segun Vauban para batir á Lila, que es una de las plazas mas fuertes de Europa; y si hubiesen tenido empeño en tomar la ciudadela en doce ó catorce dias, en vez de los veinte y tres que duró el sitio, lo hubieran logrado indudablemente: pero prefirieron confiar á la habilidad de sus ingenieros una empresa cuyo éxito, aunque un poco mas tardío, dirigiéndola ellos, debia costar sacrificios mucho menos costosos. Así sucedió, en efecto: y la perdida de los sitiadores, entre muertos y heridos, no llegó á mil hombres. Una circunstancia que á estos les hace mucho honor y de que no se ha hablado bastante, es la de que pudiendo apoderarse de la ciudadela en poquisimos dias y con perdida insignificante, atacándola del lado la ciudad, á favor de cuyas casas podian colocar desde el primer momento sus baterias á tiro corto de fusil, prefiriesen exponerse á perder miles de hombres atacando la fortaleza por el lado mejor defendido, solo con el fin de ahorrar á Ambéres un segundo bombardeo.

A mediados del mes de enero siguiente asistí en Lila á la famosa revista en que el rey de los franceses, acompañado de toda su familia, distribuyó gran número de cruces y ascensos á los valientes que mas se habian distinguido delante de las murallas de Ambéres.

— C. —



Acerca de un artículo que inserta el Observador del 23 del corriente impugnando el mio de los dos Fígaros de Mercadante (1) solo diré:

Que no teniendo yo mi tiempo de sobra, es imposible me entretenga en contestar á todo el que, solapado bajo tal ó cual nombre supuesto, se presente en un periódico á rebatir mis artículos del Artista con los conocimientos necesarios para hacerlo, ó sin ellos; con el lenguaje propio de un caballero, ó con el de quien no sabe respetar al público ni respetarse á sí mismo. Las personalidades no me hieren: las desprecio altísimamente; pero no me estimo en tan poco que crea deber entrar en contestaciones con quien, sea por ignorancia, sea por malicia, ó por las dos cosas reunidas, se espresa en los términos del que se firma *Un Malagucño*.

Calle en buen hora su nombre el que trate de impugnarme, si quiere callarlo (aunque no sea fácil adivinar el motivo que pueda haber para ello); pero al menos me parece que tengo derecho á esperar que sepa música, y que escriba con el decoro debido. = S. DE MASARNAU.

Ya se han puesto en venta las tres comedias del célebre Tirso de Molina que dan principio á la coleccion de dramas del antiguo teatro español, publicada por D. Agustin Duran; coleccion de que hicimos el debido elogio en nuestro número tercero, y que no podemos menos de recomendar de nuevo á nuestros lectores, tanto por la correccion del texto, cuanto por el lujo de la impresion que es en su género de lo mas lindo que ha salido hasta el dia de las prensas de esta capital. Nos han asegurado que el Sr. Duran tiene en su poder un número considerable de piezas inéditas de nuestros autores mas justamente celebrados, en cuya publicacion hará un señalado servicio á la república de las letras. La *Talia Española* es una obra á que ninguna persona de gusto, y que pretenda pasar por amante de las letras, puede dejar de suscribirse: es un monumento erigido á nuestra gloria nacional. ¿Llegará á tanto nuestra

indiferencia que seamos causa de que quede incompleto? Nos lisongeamos de que no. Lo único que sentimos es que no se tiren algunos egemplares en papel vitela, para los que quisieran ver unos nombres tan gloriosos como los de Calderon, Lope y Tirso, rodeados de toda la gala de que es susceptible el arte de la librería.

Las tres comedias que están en venta son: *La prudencia en la muger: Palabras y plumas*, y *El pretendiente al revés*. Cada una cuesta por ahora 4 reales, pero en llenándose la suscripcion se reducirá su precio á 3 reales. Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, sin pagar nada adelantado.

## Real Conservatorio de Música

Maria Cristina.

No podemos menos de condolernos con todos los verdaderos amantes de bellas artes, de la próxima caída de este establecimiento y de la frialdad y aun desprecio con que frecuentemente oímos discurrir sobre él. Prescindiendo de las consideraciones debidas al augusto nombre que lleva, que bastarian por sí solas para interesar vivamente á todo español agradecido en su favor, ¿cómo se puede desconocer la utilidad de semejante institucion? ¿cómo se puede graduar de indiferente ó supérflua la existencia de un establecimiento, en que los mejores profesores de Madrid enseñan la música en toda su estension, desde el solfeo hasta la composicion, á mas de 250 jóvenes? Unicamente olvidando el verdadero objeto de tan bello arte, que no es por cierto el de distraer con un mero pasatiempo, como creen muchos.

¿Qué falta nos hace la música ahora?, dicen; lo que necesitamos son bayonetas. -- ¿Y por qué necesitamos bayonetas? preguntaremos nosotros. Se quiere que las sigamos necesitando siempre? Se ignora lo que influye el cultivo de las bellas artes en la civilizacion de un pais? No se sabe que una guerra, y mayormente del género de la que

(1) Véase el cuaderno sexto del Artista.



nos aqueja, no es otra cosa que un resto de los tiempos bárbaros? -- Distingamos de necesidades. Ciertamente que para vivir no es indispensable la música: tampoco lo es la pintura, ni la escultura. Ninguna ciencia es necesaria, ni aun objeto alguno de cuantos nos rodean en nuestras habitaciones. Las necesidades físicas son bien limitadas: satisfechas estas se vive. Pero de qué dimana la importancia de las otras que el hombre se ha ido creando á medida que ha cultivado mas y mas sus facultades morales y que por lo tanto suelen llevar esa denominacion? De que ellas marcan especialmente la diferencia entre el hombre salvaje (ente, en verdad, bien desgraciado y miserable) y aquel otro hombre civilizado, primer ser de la creacion y el único capaz de comprender sus grandiosas leyes.

No es de este lugar el entrar á examinar hasta qué punto y cómo contribuyen las bellas artes á elevar el hombre á un grado tan superior de inteligencia, los límites de este artículo no nos lo permiten; pero baste observar que ellas han puesto en todos tiempos el sello á las prosperidades de los pueblos.

Se dice que ha habido abusos en el Conservatorio: que se ha gastado mucho, que se ha enseñado poco, y otras mil cosas por este estilo; pero semejantes voces prueban la necesidad de extinguirlo? Véase si estas aserciones tienen fundamento. Aclarados los abusos trátense de corregirlos. Dícense las medidas económicas que las circunstancias prescriben. En fin, examínense los diferentes medios que puede haber de sostener el establecimiento; pero..... extinguirlo! El único templo consagrado á Euterpe se cierra! La hermosa ninfa, que tan acostumbrada está á que la acaricien, volará, con todos sus encantos de entre nosotros, y tal vez, para siempre. Ya no nos volverá á dar una sola mirada de cariño, sino, cuando mas, alguna de compasion! = S. DE MASARNAU.

## VARIEDADES.

A medida que se acerca la cuaresma, va en aumento el ansia de diversiones del público, que

ya casi raya en delirio. En vano intentan algunos acibarar esta alegría con funerales vaticinios: en vano lloran algunas familias en el retiro la pérdida de sus hijos malogrados en flor en las provincias del Norte: todos cierran los ojos al porvenir y solo piensan en lo presente, en el Carnaval con sus orgias, su desenfreno y su delirio. Y en verdad que dentro de tres días se enlutarán nuestras frentes con la ceniza bendita, y harto lugar nos dará la triste Cuaresma para gemir al contemplar los males presentes, y al descubrir en el horizonte futuras calamidades. Por ahora, ya que no sea posible detener el curso del tiempo, solo debemos pensar en sembrarlo de cuantas flores nos sea posible; y en atencion á esto preguntamos: ¿habrá teatros en Cuaresma? Se asegura que la empresa encargada de ellos ha representado al gobierno pidiendo que se le conceda esta gracia: y si la naturaleza de nuestro periódico lo permitiese, creemos que no nos seria difícil demostrar la conveniencia de adoptar esta medida, ya se considere la cuestion bajo el interesante aspecto del interés general, ya bajo el de la moral pública.

— Por cartas de Roma sabemos que está ya concluida y espuesta al público la estatua del inmortal Cervantes, ejecutada por nuestro escelente escultor Don Antonio Solá, director de los pensionados españoles y autor del famoso grupo de Daoiz y Velarde. Anunciamos con sumo placer que esta obra es en el dia objeto de la admiracion de todos los inteligentes, no solo por el mérito de la escultura sino por el esquisito trabajo de la fundicion en bronce, la cual, nos aseguran testigos oculares, es un verdadero dechado en su género. Solo se espera la salida de algun buque para trasportar á Barcelona esta preciosa estatua, destinada á figurar en la plazuela de Sta. Catalina, frente al Estamento de Sres. Procuradores.

— Por un accidente imprevisto no nos es posible dar en este núm. dos estampas como tenemos de costumbre; por lo tanto, en el núm. siguiente suplirémos esta falta, dando una estampa ademas de la que corresponde.

### ERRATAS DEL NUMERO ANTERIOR.

Pág. 88, col. 1, lín. 42, dice *voulut remettre*, léase *voulut la remettre*, pág. 88, col. 1, lín. 44, dice *moins du apparence*, léase *moins en apparence*, pág. 91, col. 1, lín. 39, dice *en persecucion*, léase *en presencia*, pág. 93, col. 1, lín. 12, dice *diferentes*, léase *indiferentes*

ESTAMPA, UNA MADRE.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



EL ARTISTA.



UN TROBADOR.









*Carlos de Ribera lo pintó.*

*Pl. Lit.<sup>a</sup> de Madrid.*

.....  
*Al castillo, silencioso  
entró, y al crujir la puerta.*

*hiriendo el aire medroso,  
salió graznando del foso  
el buho.....*



